

la orilla del mar, y está en un todo sometida á los caprichos de aquellos misioneros *que se han apropiado hábilmente* (porque los misioneros ingleses son muy HABLES, es menester hacerles esta justicia) *el poco comercio y la poca industria que tenían antiguamente los salvages*. Aquellos apóstoles son industriosos y comerciantes, tienen almacenes muy aseados, muy cómodos y muy bien abastecidos, y hacen el comercio *esclusivo* de todo el ganado que hay en la isla. Y para este admirable resultado, añade el capitán Barrow, han llevado á aquellos infelices el protestantismo y aun les han dado, ¿quién lo creyera? ; UN PARLAMENTO!!! »

§ VII.

EXAMEN DE LOS SERVICIOS Y DE LOS BENEFICIOS DE LOS CURAS.

Los curas, así llamados por su especial mision, — el cuidado (*cura*) de sus parroquias, forman, en un país, la clase mas numerosa y la mas visiblemente util y necesaria, y por consiguiente la mas popular del clero. Los obispos no están instituidos mas que para *provocar* los curas y hacer su *vocacion*. Las *planas mayores*, aquí, crean los *soldados*; los crean segun los tiempos y los lugares, segun las leyes y las costumbres, segun los otros y segun ellos mismos, — mas ó menos inteligentes, mas ó menos celosos, mas ó menos fieles; pero, aun en las peores circunstancias, siempre los curas son, en un país, los hombres mas ilustrados, mas sesudos, mas virtuosos y mas útiles¹. La sola posicion de cura es por si edificante: el sacerdocio em-

¹ Los curas de las aldeas, los mas felices de todos los hombres, los únicos á quienes se aplica el ; *o fortunatos..... agricolas!* de Virgilio, tienen ademas el privilegio de llegar á una edad muy avanzada.

peña aun mas que la *nobleza* ¹. A menos que un cura sea absolutamente un intruso ó un apóstata, si alguna vez tropieza, pronto se levanta, y esto por la sencilla razon de que todas las miradas están fijas en él y de que él lo sabe. Todos miden y él mismo tambien mas de lo que se cree y mas de lo que cree él mismo, sus acciones por sus palabras y por su profesion. En esta consideracion reciproca, hay una razon de beneficencia infinita: — por ejemplo, si hay en un distrito un hombre que no puede rehusar una limosna y aun un servicio, sobre todo á un disidente, este hombre es el cura. Facil y comunmente se observan los errores y las culpas que cometen los eclesiásticos, sobre todo cuando viven en medio de nosotros ó cuando nosotros vivimos en medio de ellos, como sucede con nuestros curas, pero no se ven fácilmente, no nos gusta ver, no queremos ver los errores y las culpas en que no incurren. Lo mismo sucede con que el pequeño daño que nos causan los mas pequeños entre ellos; para verle bastan los ojos; los daños de que nos precaven son inmensos, pero como no existen, se necesita *espiritu* ² para verlos.

Nos falta lógica cuando no nos falta agradecimiento.

Hemos dicho ó supuesto que el daño que hace el

¹ Alusion al proverbio francés *noblesse oblige*, la nobleza empeña, es decir, á comportarse con decoro. — N. del T.

² El autor juega aquí con el doble sentido que tiene en francés la palabra *esprit*, talento y alma. — N. del T.

cura á su parroquia ó á alguno de sus feligreses, es siempre *pequeño*, atendido el que deja de hacer, ó por mejor decir, atendido el bien que causa su estado; este bien es siempre grande, y el mayor posible, en sí mismo, y relativamente al culpado personalmente. El escándalo mismo, y aun cuando viene de muy arriba, puede ser la ocasion aparente ó el pretesto de nuestra corrupcion ulterior, pero nunca es su causa, que siempre hallamos en nosotros mismos esclusivamente.

Todos han conocido, y hasta los mismos filósofos, estas verdades y las que de ellas se derivan. «No encuentro nada mas bello, dice J. J. Rousseau en su *Emilio*, que ser cura. (Nunca dice pastor, á pesar de ser protestante.) Un buen cura es un ministro de bondad, como un buen magistrado es un ministro de justicia. Un cura nunca tiene que hacer daño; si no siempre puede hacer el bien por sí mismo, siempre parece muy bien que lo solicite, y muchas veces lo obtiene cuando sabe hacerse respetar. ¡Oh! si algun dia tuviera yo en nuestras montañas algun curato que servir, seria feliz, porque me parece que haria la felicidad de mis feligreses. No quisiera que fueran ricos; yo participaria de su pobreza, y apartaria asi de ella la humillacion y el desprecio, mas insoportable que la indigencia. Les haria amar la concordia y la igualdad que muchas veces ahuyentan la miseria y muchas la hacen llevadera. Cuando vieran que yo no lo pasaba mejor que ellos y que sin embargo vi-

via contento, aprenderian á consolarse de su suerte y á vivir contentos como yo.»

Pero, dirán algunos, eso no es mas que pura teoría. He aqui hechos: otro protestante famoso, Hume, apellidado *el sabio*, nos dice en su *Ensayo sobre el entendimiento humano* (y esto era en el siglo XVIII, cuando el clero no era ya lo que habia sido) que no hay clero alguno mas afamado por *una vida y unas costumbres ejemplares* que el clero secular de Francia, y en particular los rectores ó curas de París ¹.

Los mas modestos curas, al parecer, los curas de aldea, se han elevado á veces á las primeras filas de los escritores ², de los apologistas, de los misioneros y de los fundadores: — Veron, cura de Cha-

¹ Los filósofos franceses, que podian saberlo mejor, han tributado el mismo homenaje á la verdad. En el primer *Cuadro de París* (*Tableau de Paris*), de Dulaure, leemos el siguiente articulo: «Cincuenta y dos curatos hay en esta ciudad... el cura es el ser mas estimable de la sociedad, es la beneficencia y el consuelo personificados.» — «Tan mansos en el dia como eran turbulentos en tiempo de la liga, dice M. Mercier, han adoptado ideas de paz: *La dulzura caracteriza sus acciones* y la amargura ha huido de sus labios. No tienen la altivez de los obispos, y mas populares que ellos, *saben juntamente consolar y socorrer á sus feligreses*, derramando el bálsamo sobre muchas llagas que ellos solos conocen.»

² Los mas humildes curas de aldea son los *hombres de estado*, como Alberoni; los sabios, como Pierquin; los historiadores, como Vertot; los clasificadores de la *Biblia*, como Matalène; los literatos de primer orden, como el cura de Sauternes, el presbítero Firminhac; los artistas, como Campani, cura romano, inventor de los excelentes telescopios de Cassini, etc.; y en nuestros dias, el

renton, autor de una *Regla de fe* clásica; — Bergier, célebre apologista; — Maleville, el sabio autor de la *Religion revelada*, etc.; — Fourier, cura de Mathincourt, en Lorena, recientemente canonizado; — Bonnefond, cura de Marmande, fundador de la *Misericordia*, de Burdeos, etc., etc.

Pero es menester ver y admirar hechos é historiadores que no son sospechosos. He aquí el compendio de la vida del ilustre cura de San Andrés de las Artes, por el convencional (miembro de la Convencion) Manuel, con este epigrafe: «*No conozco hombres que hagan mas honor á la humanidad que los curas de París*, decia el honorable Burnet, de vuelta en Londres. Vamos á hablar del presbítero Leger, que nació en Soissons en 1669, y murió en París, en 1774. Entre todas las condiciones de la sociedad no hay una que haya sido constantemente mas benemérita del género humano que la de los curas. Uno de los grandes beneficios de nuestra religion es la institucion de este ministerio, desconocido en las religiones profanas: en las ciudades, ellos son los únicos que tienen el derecho de con-

presbítero Cabias, cuyos *órganos* admiran los géometras Franceur, etc.

El célebre y desgraciado presbítero Rozier, restaurador de la agricultura en Francia, era cura de S. Policarpo, en Leon, en cuyo presbiterio fué muerto durante el sitio de esta ciudad en 1795.

En el dia los sabios van á ver, á consultar y admirar á su maestro de astronomia antigua y moderna, Van de Cotte, cura de la aldea de Zonneghem, en Flandes.

mover las entrañas del rico, de llevar su piadoso celo mas allá de los límites del tímido bien-parecer, de arrancar algo á las inmensas necesidades del lujo, y de hacer subsistir, sin degradarla, la suma miseria al lado de la suma opulencia. Por eso el duque de Borgoña profesaba el mas cordial aprecio á los curas de París, y estaba persuadido de que era menester hacerles la mas favorable acogida en la corte, y concederles, en cuanto fuera posible, los pequeños socorros que pedian para las familias necesitadas, á fin de aumentar la consideracion y la confianza que se grangeaban con el decoro de sus costumbres, su caridad y su beneficencia.

« En las aldeas donde muchos son victimas de aquel desbarajuste del orden y de la justicia que, en casi todas las clases, ha desheredado al trabajo y los talentos, sucede con frecuencia que ellos solos pagan la deuda sagrada de que están gravados todos los bienes de la Iglesia á favor de los pobres. Dan á lo menos sus desvelos y sus consejos: son los amigos de todos los desgraciados y los doctores de los ignorantes. Un distrito entero suele deberles juntamente sus buenas costumbres, sus consue-los y sus prosperidades: en ningun otro estado de la vida se ve tan bien cuan util puede ser un particular. Todo va bien ó mal en una parroquia segun el cura que la dirige.

« Decir lo que puede hacer un cura es decir lo que ha hecho M. Leger. No se encerraba su celo en el recinto del templo y en las solemnes funciones

del ministerio, pues conocia la vigilancia y la actividad continuas que reclaman de un pastor todas las partes de su rebaño. Sin llevar sus investigaciones mas allá de los límites de la discrecion, penetraba, como el ojo de la Providencia, hasta en el secreto de los corazones. Conocia á todas sus ovejas: del artesano mas oscuro, del niño mas pobre conocia el nombre, la conducta, la situacion y hasta las facciones del rostro.

« A pesar de su confianza en sus cooperadores, hubiera querido poder desempeñar él solo todos los cargos pastorales: por lo menos se reservaba el derecho de echar á andar el primero á cualquiera hora de la noche como del dia en auxilio de todos los afligidos, de todos los enfermos, de todos los moribundos.

« El pueblo, el pueblo tan desdeñado por la aparente groseria de sus costumbres, mas estimable que la mayor parte de los ricos con toda su urbanidad, por la sencillez de su fe y la franqueza de su virtud, el pueblo es el primer amigo de los pastores. Al rico, la preferencia de las atenciones: al pobre, la preferencia de los sentimientos. M. Leger iba á visitarle en sus oscuras viviendas. ¡ Con qué paciencia escuchaba las largas relaciones de sus sin sabores y de sus infortunios! Sencillo como aquella buena gente, pobre como ella, porque aun lo estrictamente necesario para su manutencion era el patrimonio de los menesterosos, llevábalos á los pies del Dios que cuenta sus lágrimas, de aquel

Dios, su eterna herencia, que debe vengarlos de su desheredamiento civil, y allí mitigaba las amarguras de la vida presente con la esperanza de la inmortalidad. La fe no tiene desgraciados.

« Con el amor de Dios que lo hace todo posible, y el del prójimo, por el cual todo es fácil, siempre ocupado en hacer bien, hubiera vivido con su puerta abierta: sus paredes le cubrían sin ocultarle. Su vista inspiraba la estimación y la confianza: jamás remitía á mañana al que podía servir hoy. Los beneficios dispensados con mal talante, le parecían pan duro que un hambriento recibe por necesidad y como con disgusto. Sin duda halló ingratos: ¿pero no queda uno consolado cuando halla un hombre de bien entre una multitud de malos? ¿Donde hallaba fondos M. Leger para tantas limosnas? Pero para ser liberal ¿necesita por ventura el hombre generoso ser opulento? Su sencillez, su frugalidad, sus piadosas privaciones eran sus tesoros.

« M. Leger, consagrado sin ostentación al bien público, fué un buen pastor, un sacerdote virtuoso: he aquí todos los acontecimientos de su vida. Esto no impidió que le erigiesen un monumento; el más elocuente de los obispos pronunció su elogio, honor que solo se dispensa á los reyes y á los heroes, y que la vanidad arranca por lo general: pero él fué llorado y bendecido, y las lágrimas y las bendiciones no se arrancan por fuerza. M. Leger eligió por sus herederos *á los que tienen hambre, á los que tie-*

nen sed y á los desnudos. La *Oración finebre* de este grande hombre fué pronunciada, en París, en 1781, por el elocuente de Beauvais, obispo de Senez, uno de sus discípulos.»

El número de los curas ilustres por su santidad, por su saber, por sus sacrificios que pudiéramos citar, así naturales, como estrangeros, es infinito. Vamos ahora á hacer sensibles las influencias, la capacidad, el poderío ó mas bien, la *omnipotencia* de un cura de parroquia, que posee el arte de espedir decretos del mismo modo y aun mejor que los reyes, porque lleva en sí el arte de raciocinar y aun el de hablar en su tiempo y sazón. En estos términos refiere el hecho M. Chomel en sus *Amenidades*: « Dice Montesquieu que no se debe conducir á los hombres por los extremos, y que antes bien se debe seguir á la naturaleza que ha dado á los hombres la vergüenza como su azote, y que la mayor parte del castigo sea la infamia de sufrirlo. Vease aquí la conducta que observó un cura de la parroquia de Chanteil, en el Bajo-Limosin. Veía aquel buen pastor que sus feligreses, indómitos y brutales, no tenían vicio mayor que el de robar. En vano les habia predicado sobre ello muchas veces y amenazado con la justicia; viendo que no podia conseguir que se enmendaran, se asocia los cuatro menos pícaros y más robustos de sus feligreses, y apenas oye hablar de un robo cometido en su parroquia, va en persona á apoderarse del culpado, lo ata, lo lleva á la iglesia, manda tocar las campanas, y cuando ha acudido

todo el pueblo, abre las puertas del templo, y le muestra el ladrón atado en la cátedra de la verdad como en una picota. Todos empiezan al punto á escarnecerle, y pasada la primera barahunda, habló el cura en estos términos: « Fulano robó ayer tal cosa: á su lado está el cuerpo del delito. Yo podría entregarle á la justicia; pero he considerado que, si le ahorcan, no habrá medio de remediar los daños que ha causado y que su familia quedará arruinada: he preferido, pues, avergonzarle delante de todos vosotros, y delante de todos vosotros también le advierto que, si reincide, ya no habrá perdón para él. Ahora que ya le habeis visto, salid todos y no insulteis mas á vuestro hermano, no sea que Dios os abandone y os halleis algun día en una desgracia semejante. » — Dos ó tres escarmientos por este estilo corrigieron á todos los feligreses de la aldea de Chanteil del vicio de robar, ¡tan cierto es que el suplicio de la vergüenza perpetuada contendría mas tal vez al pueblo que el de la horca ó la rueda!

Sin llegar á este extremo, el cura de una parroquia puede y sabe con el tiempo, preparar, plantear, continuar y, por consiguiente, consumir una verdadera *reforma* del territorio que abarca su jurisdicción. De esto trae un ejemplo, entre mil, el autor de los *Heroes cristianos*: « M. de Castellas, digno pariente del eclesiástico de este nombre á quien la veneración de sus colegas colocó al frente del cabildo de Leon, fué nombrado cura de Saint-

Martin-en-Haut. La aspereza del terreno, la falta absoluta de toda sociedad, y la inmoralidad harto conocida de los vecinos, no fueron motivos suficientes para hacerle rehusar una misión, cuyas dificultades le parecieron, por el contrario, un pábulo mas para su celo en favor de la religion. Habiendo en sumo grado para separar los obstáculos, sin que pareciese que quería atropellarlos, empezó por admirar á sus feligreses con una paciencia que nada pudo alterar, hizose el árbitro de sus altercados, el mediador de sus riñas domésticas, el maestro de sus hijos que, por su insubordinación, habían hecho hasta entonces la desgracia de sus padres, y llegó en fin, al cabo de pocos años, á obtener no solo el respeto, mas también la confianza general por su mansedumbre, su piedad y sus eminentes virtudes. Sus asiduos y verdaderamente apostólicos desvelos los atraieron á todos á la senda de la salvación; y cuando despues de haber dirigido aquella parroquia quince años, pasó á la de Nuestra Señora, en Leon, hizolo con la completa certidumbre de no tener una sola oveja descarriada y de que dejaba su grey bajo la custodia de un digno pastor, el presbítero Gardès, su sobrino. Tales fueron los resultados que obtuvieron uno y otro en la dirección de las obras de su sagrado ministerio que *enteramente llegó á mudarse la opinion en favor de los vecinos de Saint-Martin-en-Haut, tan justamente queridos y respetados entonces por su buena fe como antes habían sido despreciados.* Cuando los principios de la revolución

llegaron hasta las mas repuestas aldeas, las buenas costumbres de esta estaban fundadas sobre una base demasiado sólida para que pudiese penetrar en ella la seducción.

« En aquella misma época (1791), se les pidió á todos los eclesiásticos el juramento. El presbítero de Castellás, incapaz de titubear sobre la negativa que le dictaba su conciencia, se retiró á casa de su sobrino, no menos firme que él en su sumision á la autoridad de la Iglesia. Apenas se supo en Saint-Martin-en-Haut la nueva de su llegada, se suspendieron todas las labores del campo y hubo como una fiesta general para todos los habitantes que, con M. Gardès á su frente, salieron procesionalmente á recibirle hasta los confines de la parroquia y le llevaron con palio á su antigua iglesia parroquial, donde cantaron un *Te Deum*. »

— El presbítero Belloc, cura de Brusque, que murió en 1827, despues de haber rehusado el Episcopado, desempeñaba superiormente las funciones de médico y de juez de paz, y muchas veces los tribunales le trasmitian los negocios mas arduos y delicados.

Estos son los curas de los tiempos ordinarios: he aquí los de los tiempos escepcionales. Ya dejamos referida la admirable respuesta del cura M. Fournez al presidente de la Asamblea Constituyente que le exigia el juramento que acababa de rehusar el obispo de Agen. Dicha respuesta fué una de aquellas que imprimen la vergüenza en el alma de

los perversos, y el aliento en la de los débiles.

Y no menos se manifiesta la impavidez en las iglesias que en las asambleas. Véase lo que pasó en la de San Sulpicio el 9 de enero de 1791.— Rendido de haber pronunciado un largo discurso con que hizo correr las lágrimas de su auditorio, M. de Pancemon acababa apenas de hablar, cuando se oyó el grito mil veces repetido: *¡el juramento ó la muerte!* En vano procuraba sosegar al populacho, entre el cual uno de los vicarios vió á Mirabeau. Apenas bajó del púlpito, no pudiendo dar un paso entre el gentío que llenaba la iglesia, siéntese asido por el pelo, le apuntan con una pistola, y cae desmayado en brazos de sus vicarios. Bailly tuvo la desfachatez de presentarse en la sacristia y de decirle: *Vm. se ha atraído todas esas desazones; y si vm. y sus cooperadores hubieran querido conformarse á la ley, todo hubiera pasado sin ningun desorden.* — Mi conciencia y mi honor me lo prohibian, respondió el pastor. — Señor cura, dijo Bailly, la conciencia debe callar cuando *la ley* habla — Si, replica el noble confesor de la fe, *pero cuando la que habla es la ley verdadera*, y ciertamente hay leyes falsas y casos en que es preciso obedecer á Dios antes que á los hombres. »

Los salones mismos eran el teatro de las mas nobles escenas. — El *maire*¹ de París convidó á su casa al cura de Santa Margarita, decano de los de

¹ Empleo correspondiente al de corregidor. Lo era entonces Bailly. — N. del T.

Paris. Despues de una gran comida en que le hizo mil agasajos, le suplicó que pasase á su despacho, donde aquel venerable pastor, habiendo tenido la paciencia de escucharle largo rato, opuso á todo el fuego de sus declamaciones la sangre fria de un anciano que posee su alma. Levantóse al fin muy sosegado, y á todos aquellos vanos argumentos¹, ostentados enfáticamente, no contesta el sacerdote, al retirarse, mas que estas palabras: « Adios, caballero; vm. olvida que á mi edad no se piensa mas que en el grande interés de la eternidad y en la terrible cuenta que un pastor octogenario tiene que dar de sus ovejas al soberano Juez. » (*Memorias para servir á la historia de la persecucion*, por el digno presbitero Auribeau.)

Otro cura, cuya vida y cuya muerte fueron sublimes, es el presbitero Royer: « Era cura de San Juan, en Paris, desde el año de 1770, y habia nacido en dicha ciudad en 1720. Terminados sus primeros estudios en el colegio de Plessis-Sorbonne, y á pesar de ser hijo único de un padre muy rico, renunció á las ventajas que le ofrecia el mundo, por consagrarse al servicio de los altares. En el curso de teología llegó por los trámites ordinarios, hasta el grado de doctor. Al cabo de algunos años pasados en el ejercicio del santo ministerio, con los presbiteros de una de las primeras parroquias de la capi-

¹ Para persuadirle sin duda á que prestara el juramento de que tantas veces se ha hecho mencion. — N. del T.

tal, fué nombrado en 1759, para la coadjutoria del curato de los Santos Inocentes. Las prendas pastorales de que se mostró eminentemente dotado en aquella pequeña parroquia, le valieron, en 1770, el importante curato de San Juan. Un virtuoso eclesiástico, testigo de su vida, la bosquejó, en 1796, bajo este título: *Tributo histórico á la memoria del venerable M. L. Royer*, etc. Allí es donde debe verse aquella vida tan frugal y tan sencilla, aquellas limosnas tan abundantes, aquellas numerosas fundaciones que hizo de su propio bolsillo para aumentar los socorros espirituales y temporales de su parroquia. De este modo, por espacio de treinta y tres años, aquel venerable pastor, honrado con la confianza y la estimacion de los grandes como de los pequeños, siendo el idolo y el modelo de unos y de otros, justificó plenamente la alta consideracion de que gozaba la mayor parte de los curas de la capital. Ya la inocencia de sus costumbres y el mérito de sus trabajos ofrecian una doble recompensa á su fe, cuando vino el martirio á añadir á ella la certidumbre de la corona. » El presbitero Royer rehusó aquel juramento que no fué para los impios mas que un medio de persecucion contra los sacerdotes católicos. El 1º de setiembre, que era un sábado, y la vispera del día que habia señalado la feroz *commune* para la degollacion de los sacerdotes, el presbitero Royer fué enviado, con gran parte de sus compañeros de prision, á la carcel de la *Abadía*, donde se dió el parabien de verlos dispuestos á ha-